

Amábala, pues, como un varón agradecido, á esa Lisón, que arrancaba y se detenía pronto, como una yegua vigorosa y dócil; amábala, porque además de su sueldo fijo, ganábale cuartos, gracias á las primas de carbón.

Tan bien vaporizaba, que en efecto, hacía grandes economías de hulla. Y sólo tenía que reprocharla una cosa, una exagerada necesidad de engrasación; los cilindros, sobre todo, devoraban cantidades de grasa exageradas; un hambre continua, un verdadero vicio. En vano había tratado de moderarla. Pero en seguida jadeaba, requería eso su temperamento. Habíase resignado á tolerarle aquella pasión glotona, del mismo modo que cerramos los ojos sobre un vicio en las personas que, por otra parte, están llenas de buenas cualidades; y contentábase con decir, con su fogonero, en tono de chanza, que la Lisón necesitaba, como lás mujeres hermosas, que la engrasaran con demasiada frecuencia.

Mientras zumbaba el hogar y la Lisón poco á poco entraba en presión, Santiago iba y venía alrededor de ella, inspeccionándola en cada una de sus piezas, tratando de descubrir por qué aquella mañana le había comido más grasa que de costumbre. Y nada hallaba: estaba reluciente y limpia, una de esas limpiezas alegres que anuncian el cariñoso esmero de un maquinista. Siempre le veían refregarla, sacarla brillo; á la llegada, sobre todo, del mismo modo que se cuida á un animal lleno de sudor por una larga carrera, le daba vigorosas friegas; aprovechaba

el que estuviese aún caliente, para quitarle más fácilmente las manchas y las salpicaduras. Tampoco la atropellaba; conservábale una marcha normal, evitando retrasarse, cosa que luego necesita carreras muy perjudiciales. Así es que ambos habían vivido en tan buena armonía, que ni una vez durante cuatro años se había quejado de ella en el registro del Depósito, donde apuntan los maquinistas las demandas de reparaciones; es decir, los malos maquinistas, perezosos ó borrachos, sin cesar reñidos con sus máquinas. Pero la verdad, aquel día no se le olvidaba su atracón de grasa; y además sentía algo vago y profundo que aún no había experimentado, una inquietud, una desconfianza, como si dudase de ella y quisiera asegurarse de que no iba á hacerle alguna trastada en el camino.

Pero no estaba allí Pecqueux, y Santiago se enfureció cuando por fin llegó, tartamudeando, después de almorzar en compañía de un amigo.

Generalmente, los dos hombres se las entendían muy bien en medio del compañerismo que les paseaba de una punta á otra de la línea, recibiendo las mismas sacudidas, silenciosos, unidos por el mismo trabajo y los mismos peligros. Aunque tenía diez años menos, el maquinista se mostraba paternal con su fogonero, tapaba sus vicios, dejábale dormir una hora cuando estaba demasiado ebrio; y éste le devolvía aquella condescendencia con una abnegación de perro, excelente obrero por otra parte, perito en el oficio, fuera de sus borracheras. Hay que decir que

también él quería á la Lisón, y esto bastaba para el buen acuerdo entre ellos. Los dos y la máquina formaban una pequeña comunidad de tres, sin que hubiese nunca una disputa. Así es que Pecqueux, sorprendido al ver que le recibían de aquella manera, miró á Santiago con la mayor extrañeza al oírle refunfuñar entre dientes contra la Lisón.

—¿Pero qué pasa? ¡Pues si funciona como una buena moza!

—No, no, no estoy tranquilo.

Y á pesar del buen estado de cada pieza, continuaba moviendo la cabeza. Hizo jugar las manillas, se aseguró de que funcionaba bien la válvula. Subió sobre el tablero, fué él mismo á llenar los depósitos engrasadores de los cilindros, en tanto que el fogonero limpiaba la cúpula, en donde quedaban ligeros rastros de moho. La varilla del cenicero jugaba bien, todo hubiera debido tranquilizarle.

Pero era que en su corazón no sólo había ya el cariño de la Lisón. Otra ternura se desarrollaba: aquella mujer fina, tan frágil, á quien siempre estaba viendo á su lado, sobre el banco del jardín, con su debilidad zalamera, que necesitaba ser amada y protegida. Nunca, cuando una causa involuntaria le había atrasado, al lanzar su máquina á una velocidad de ochenta kilómetros por hora, nunca había pensado en los peligros que podían correr los viajeros. Y hé ahí que la sola idea de llevar al Havre á aquella mujer, casi detestada por la mañana, traída á

París con disgusto, le inquietaba por temor á un accidente, y ya la veía herida por culpa suya, muriendo entre sus brazos. Desde aquel momento, una responsabilidad de amor pesaba sobre sus hombros. Bien haría la Lisón, de quien ya principiaba á sospechar, en conducirse como es debido si quería conservar su reputación.

Dieron las seis, Santiago y Pecqueux subieron sobre el puentecillo de hierro colado que unía el tender á la máquina; y al abrir el fogonero el purgador por mandato de su jefe, un torbellino de vapor blanco llenó el soportal ennegrecido. Luego, obedeciendo á la manilla del regulador, lentamente movida por el maquinista, la Lisón arrancó, salió del depósito, silbó para que le abriesen la vía. Casi en seguida entró en el túnel de Batignolles. Pero en el puente de Europa fué preciso esperar hasta la hora reglamentaria en que el guarda-agujas la dirigió sobre el exprés de las seis y treinta, al que dos mozos de tren la engancharon sólidamente.

Ya iba á salir el tren, sólo quedaban cinco minutos y Santiago se inclinaba, sorprendido al no ver á Severina en medio del vaivén atropellado de los viajeros. Seguro estaba de que no subiría al tren sin antes venir á verle. Por fin llegó con retraso, corriendo casi. Y en efecto, recorrió todo el tren y sólo se detuvo al pie de la máquina, muy encendida, rebosando alegría.

Sus piecitos se alzaron, levantó la cara risueña.

—No esté Ud. inquieto, estoy aquí.

También él sonrió, feliz al verla allí.

—¡Bueno, bueno! Está muy bien.

Pero alzóse ella aún y añadió en voz más baja:

—Amigo mío, estoy contenta, muy contenta..... He tenido una gran suerte..... Todo va á pedir de boca.

Y él comprendió, sintió una gran alegría. Después, al marcharse ella corriendo, volvió para decirle en broma:

—Oiga Ud., no vaya ahora á hacerme añicos.

El protestó con voz alegre.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡no tema Ud. nada!

Pero ya las portezuelas se cerraban, á Severina sólo le quedó tiempo para subir; y Santiago, á una señal que hizo el conductor jefe, silbó, abrió el regulador. Partieron. Era la misma salida que la del trágico tren de Febrero, á la misma hora, en medio de la misma actividad de la estación, en medio de los mismos ruidos, del mismo humo. Sólo que ahora era aún de día, un crepúsculo claro, de una dulzura infinita. Asomada á la portezuela, Severina miraba.

Y sobre la Lisón, Santiago, colocado á la derecha, bien abrigado con un pantalón y un chaquetón de lana, resguardada la vista por gafas con tiras de paño alrededor de los ojos, atadas detrás de la cabeza, bajo la gorra, no apartaba su mirada de la vía, se inclinaba á cada segundo, fuera del cristal de resguardo, para ver mejor. Rudamente sacudido por la trepidación, sin siquiera notarlo, tenía puesta la mano

derecha sobre el volante del cambio de marcha, como un piloto sobre la rueda del timón; manejábalo con movimiento insensible y continuo, moderando, acelerando la velocidad; con la mano izquierda no cesaba de tirar de la varilla del silbato, pues la salida de París es difícil, llena de peligros. Silbaba en los pasos á nivel, en las estaciones, en los túneles, en las grandes curvas. Una señal roja apareció á lo lejos, al caer el día; Santiago pidió vía durante largo rato, y pasó como un trueno. Apenas, alguna que otra vez, echaba una ojeada sobre el manómetro; girando el volantito del inyector, en cuanto llegaba la presión á diez kilogramos. Pero continuamente volvía su mirada sobre la vía, hacia adelante, vigilando las menores dificultades, tan preocupado, que no veía otra cosa, ni siquiera oía soplar el viento como una tormenta.

El manómetro bajó y abrió la puerta del hogar, alzando la cadencia; Pecqueux, acostumbrado al movimiento, comprendió, rompió carbón á martillazos y lo puso sobre la pala, en una capa bien igual, sobre toda la extensión del enrejado. Un calor abrasador les quemaba las piernas; después, cuando quedó cerrada la puerrecilla, volvió á soplar la corriente de aire helado.

Caía la noche; Santiago redoblaba la prudencia. Rara vez había sentido la Lisón tan obediente bajo su mano; la poseía, la dominaba á su antojo, con la absoluta voluntad del amo; y sin embargo, no abandonaba su severidad, la trataba

como animal domado, del que siempre hay que desconfiar. Allí, detrás de su espalda, en el tren lanzado á todo vapor, veía él una cara fina que se abandonaba á él confiada, sonriente. Dábale aquello un ligero calofrío, apretaba con mano más ruda el volante del cambio de marcha, agujereaba las tinieblas cada vez más densas con su mirada fija, en busca de faroles rojos.

Después de los empalmes de Asnières y de Colombes, respiró un poco. Hasta Mantes todo iba bien, la vía era una verdadera meseta en la que el tren rodaba á sus anchas.

Pasado Mantes, fuéle preciso empujar á la Lisón para que ésta subiese un declive bastante fuerte, casi una media legua. Luego, sin disminuir su marcha, la lanzó sobre la pendiente suave del túnel de Rolleboise, dos kilómetros y medio de túnel que la máquina recorrió en tres minutos escasos. Sólo quedaba otro túnel, el del Roule, próximo á Gaillon, antes de la estación de Sotteville, una estación temida, muy peligrosa por la complicación de las vías, las continuas maniobras y el hacinamiento de coches. Todas las fuerzas de su ser estaban en su vista que vigilaba, en su mano que guiaba; y la Lisón, silbando y echando humo, atravesó Sotteville á todo vapor, deteniéndose sólo en Rouen, de donde salió á poco algo calmada, subiendo con más lentitud la pendiente que va hasta Malaunay.

La luna se había levantado muy clara, con una luz blanca que permitía á Santiago distinguir las más insignificantes zarzas y hasta las piedras

del camino, en su huída rápida. A la salida del túnel de Malanay, al echar una ojeada hacia la derecha, inquieto por la sombra producida por un árbol muy alto, borrando la vía, reconoció el rincón apartado, el campo de malezas desde donde había visto el crimen.

El país, desierto y áspero, desfilaba con sus continuas cuestras, sus huecos sombreados de bosquecillos, su tristeza asolada. Luego, en la Croix-de-Maufras, bajo la luna inmóvil, tuvo la brusca visión de la casa plantada oblicuamente, en su abandono y su desamparo, con las puertas y ventanas eternamente cerradas, con una melancolía espantosa.

Y sin saber por qué, también aquella vez, y más que de costumbre, sufrió Santiago un estremecimiento, como si pasara por delante de su desgracia.

Pero inmediatamente fué herida su vista por otra visión. Junto á la casa de los Misard, contra la barrera del paso á nivel, estaba Flora de pie.

Ahora, á cada viaje, veíala en aquel sitio, esperándole, acechándole. No hizo ella un movimiento; volvió simplemente la cabeza para seguirle durante más tiempo, en el relámpago que le arrastraba. Su alta silueta se destacaba en negro sobre la luz blanca; únicamente se encendían sus cabellos de oro, al oro pálido del astro.

Y Santiago, después de empujar la Lisón para que subiese el declive de Motteville, la dejó respirar un poco á lo largo de la meseta de Balbec, lanzándola de nuevo, desde Saint-Romain hasta

Hafleur, sobre la pendiente más ruda de la línea; tres leguas que las máquinas devoran con un galope de bestias locas que huelen la cuadra. Estaba ya en el Havre rendido de cansancio, cuando la marquesina, llena del ruido y del humo de la llegada, Severina, antes de subir á su casa, corrió á decirle con ademán alegre y tierno:

—Gracias, hasta mañana.

VI

Pasó un mes, y la tranquilidad reinó de nuevo en el cuarto que los Roubaud ocupaban en el primer piso de la estación, por encima de las salas de descanso. En su casa, en las habitaciones de sus vecinos, en aquel reducido mundo de empleados, sometidos á una existencia de reloj por la no interrumpida sucesión de las horas reglamentarias, la vida volvía á deslizarse monótona, y parecía que nada violento y anormal hubiese ocurrido.

La ruidosa y escandalosa causa Grandmorin iba olvidándose poquito á poco, y estaba á punto de sobreseerse por no poder la justicia, al parecer, descubrir al culpable.

Después de una prisión preventiva de otros quince días, el juez de instrucción, Denizet, había pronunciado el no há lugar sobre Cabuche,

sentencia motivada por no resultar contra él cargos suficientes; y ya estaba edificándose una leyenda policiaca muy romántica: la de un asesino desconocido, imposible de ser hallado; un aventurero del crimen, presente en todas partes á la vez, al que achacaban todas las muertes, y que se disipaba como humo, al llegar la policía.

Apenas algunas bromas reaparecían de tiempo en tiempo sobre aquel legendario asesino, en la prensa de oposición, calenturienta por la proximidad de las elecciones generales. La presión del poder, las violencias de los prefectos, le ofrecían diariamente otros motivos en que fundar sus artículos indignados; de tal modo, que como no se ocupaban los periódicos del asunto, había éste desaparecido de la curiosidad apasionada de la masa del público. Ya ni se hablaba de aquello.

Lo que había acabado de tranquilizar á los Roubaud era ver con qué felicidad se había allanado la otra dificultad, la que amenazaba estallar con el testamento del presidente Grandmorin.

Por consejo de la señora de Bonnehon, los Lachesnaye habían consentido por fin en no atacar aquel testamento temerosos de renovar el escándalo, é inciertos también sobre el resultado de un proceso. Y ya en posesión de su legado, eran los Roubaud, desde hacía una semana, propietarios de la Croix-de-Maufras, casa y jardín, tasados en unos ocho mil duros. Decidieron desde luego vender aquella casa de vicio y de sangre que era para ellos una pesadilla, y en la que no se habrían atrevido á dormir, por es-